

—Vamos, amigo—dijo la niña con donaire, plantándome su divina manecita en el hombro, —no nos venga Vd. aquí con palabrotas. Aquí no hay delito ni majestades. Si Vd. no le lleva á su casa, si Vd. no le esconde, reñiremos para siempre. No me mire Vd., no me hable, no se ponga donde yo le vea.

Como prometer no era cumplir, ni la aquiescencia verbal equivalia á positivas concepciones de mi parte, prometí cuanto me pidieron y convine en todo lo que tuvieron á bien proponerme, con reserva de hacer despues lo que me pareciera más conforme á la justicia, al bien del Estado y á mi propio sagrado interés.

Y para no cansar, aquí me tienen Vds. embozado en mi pañosa, con el sombrero hasta las cejas (si bien la oscuridad de la noche y el macilento alumbrado de la villa ahorraban precauciones), llevando una madama pendiente de cada brazo, como en los buenos tiempos de cuchilladas y amoríos, pasando de calle á callejon y de callejon á plazuela, ora de prisa para huir de un grupo de curiosos, ora despacito para recrearnos con el majo cantar que por las rejas de una casa humilde salia á veces callados los tres, á ratos hablando y

riendo, regocijadas ellas de la libertad que gozaban, mientras las severas matronas nos suponían carcomidos de devoción en la novena del bendito Arcángel.

A mí me gustaba también el paseo, porque eso de llevar dos damas, una á cada costado, en la oscuridad de la noche y en un pueblo como Madrid, donde se abren tantas puertas al aventurero amor y á los locos deseos, no es cosa de despreciar. Yo oprimia con el vivo apetito del contacto el brazo de la de Rumbler, dejando el de la otra en libertad de que juntara ó no su flaqueza con la del mío.

—¿Pero llegamos ó no?—pregunté á la muchacha.

—Ya pronto. ¿Es esta la calle del Aguila?

—La del Aguila es.

—Bueno... ahora á la del Rosario.

—Pues á la del Rosario. Supongo que no será para rezarlo. Parece mentira que en una casa que lleva ese nombre tan devoto se esconda un reo de lesa majestad.

Presentacioncita me clavó sus dedos en el brazo con tanta fuerza, que lancé un grito.

—Por infame y deslenguado—dijo ella.

Al entrar en la mencionada calle, doña Salomé preguntó, señalando una casa:

—¿No es por aquí?

—Aquí—dijo Presentacion, señalando la inmediata y acompañando su ademán de amoroso suspiro.—Creo que es número 4...

—El 4 es. ¿Llamamos?

Llamé á la puerta, no sin cierta zozobra de que algun bárbaro malsin apareciera y me solfease de lo lindo. Segun habiamos convenido, pregunté á la mujer que franqueó la puerta si vivia en aquellos aposentos un jóven llamado D. Federico, el cual habia venido poco há de Toledo. Díjonos la mujer con muy malos modos que el jóven se habia marchado de aquella honrada casa para ir á otra de la calle del Bastero, número 6, donde de seguro le encontraríamos, porque andaba muy tapujado y no salia á la calle.

Fuimos á la del Bastero, y en su número 6 nos detuvimos para decidir qué resolucion se tomaria, porque no era prudente arriesgarse en aventuras por tales sitios. Yo estaba ya arrepentido de haber metido mis manos en aquel peligroso fregado, mayormente cuando oí rumor de pependencias en la inmediata calle del Carnero.

—¿Qué hacemos?—pregunté á la decidida Presentacioncita.

—Llamar.

Doña Salomé, que participaba de mis temores, dijo:

—Es demasiado tarde y esto está muy lejos. Me arrepiento de haber venido aquí. Soy de opinion que nos retiremos.

—Llame Vd., Pipaon, y pregunte—ordenó la jóven.

En el piso bajo habia una taberna, lo que me pareció de malísimo augurio, y las voces y juramentos que de ella como de un antro infernal brotaban, ponian miedo en el más esforzado corazon. Pero no hubo más remedio; llamé y hecha mi pregunta salió un portero rufian, el cual con muchísima zandunga nos dijo que entrásemos y que si nó el doncel buscado (de quien no podia asegurar estuviese en la casa), habia otros muchos, que recibirian bien á las madamas.

A regaña-dientes entré yo, empujado más que conducido por la amante doncella, y bien pronto nos hallamos en un patio de esos que sirven de centro á una casa de Tócame-Roque.

—¿En donde nos hemos metido?—preguntó con zozobra doña Salomé.

—Eso digo yo. ¿En dónde nos hemos metido?

—¿Con que por quién preguntaban Vds.—dijo el vejete portero, con una sonrisa truhanesca, que me heló la sangre en las venas.—¿Por el oficialito, por el abate, por?...

—Por ninguno de esos, camarada—repuse, —porque ahora mismo nos volvemos á la calle.

—No hagamos caso de este buen hombre—dijo con afán la muchacha.—Subamos é iremos preguntando de puerta en puerta.

—¡Está Vd. loca! ¿Sabe Vd. qué clase de gente es la que vive en estas casas?

—Gente muy honrada y cabal—afirmó el portero.—Una señora que fué doncella de S. A. la infanta doña María Josefa... un autor de diccionarios, siete poetas, dos grabadores de retratos, un torero, uno que fué magistrado del Crímen...

Oíase un rumor de disputas en los pisos altos de aquella colmena, el cual convidaba á salir cuanto ántes en busca del silencio de la calle. Cerrábanse y se abrían con estrépito las puertas, dando paso á la claridad de las luces y al rumor de las voces, y un enjambre de chucuelos corria por los pasillos jugando á la caballería ligera y pesada. Dos traperos amontonaban no sé qué inmundos despojos en medio del patio, y tres mujeres se ponían como ropa de pascuas por la precedencia en sacar agua del pozo.

—Abranos Vd. la puerta—dije resueltamente al Cancerbero, sacando una moneda, con la

cual pensaba ponerle de parte nuestra, si ocurria cualquier accidente desgraciado.

Diciendo y haciendo, dí algunos pasos hacia la puerta, cuando en esta sonaron fuertes y repetidos golpes, acompañados de gran gritería y algazara de fuera, á la que respondió al punto otra no ménos discordes en los corredores.

—¿Qué es esto, portero?

—Nada, señor—respondió con zandunga,—es la policía que viene en busca de un señoritico lameplatos, mamon y liberal, que se nos refugió aquí esta mañana... Yo dí parte...

—¡El! ¡Dios mio! ¿Dónde está?—gritó Presentacion con angustia.

—Se descubrió que se habia escapado de la cárcel, donde estaba por injurias á nuestro querido Rey—añadió el portero, corriendo á abrir.

—Escondámonos... salgamos de aquí—exclamó doña Salomé, agarrándome el brazo y tirando de mí.

—¿Pero por dónde? Vamos á tropezar con la policía. -

—Escondámonos.

—Adelante.

—Subamos.

—Bajemos.

—Busquemos otra salida. Si nos ven...

—Señoras, no somos criminales—dije pro-

curando sosegarlas.—Si la policía nos ve, nos verá. ¿Qué importa?

Diciéndolo, ví que entraban hasta media docena de alguaciles, asistidos de otros tantos soldados, y tras ellos una multitud de personas del bajo pueblo, todos los que á la sazón bullian en la taberna, muchas mujeres de la vecindad y el contingente completo de la chiquillería de la calle. Vociferaban, gruñian, chillaban y reían en bestial coro.

Una aprehension en aquellos tiempos no era gran novedad, pero por viejo y gastado que el asunto fuese, siempre tenia irresistibles encantos para el pueblo, que estaba muy soliviantado entónces y enfurecido contra todo lo que á liberal ó afrancesado trascendiera.

—¡Le van á matar!—murmuró entre sollozos Presentacion, llorando sin consuelo.

—Veamos si podemos escabullirnos—dije yo.

—No... no—gritó la afligida muchacha.—Veamos si le podemos salvar. Pipaon, diga usted que es un consejero de Castilla, un ministro; que es amigo de los señores obispos, del Nuncio, del Rey.

—Chiton... no se gastan bromas con esta gente.

—Yo quiero subir, yo quiero hablar á la policía—exclamó, alzando la voz con desespera-

cion.—Vds. no tienen alma... yo estoy loca. ¡Socorro!

Maldita la gracia que me hacia aquella situacion, que empezó á ser apuradísima desde que la dolorida muchacha puso el grito en el cielo, atenta sólo á su amorosa aficcion, y sin hacer caso de lo demás. No sé en qué hubiera parado trance tan amargo, si el agudísimo y tunante portero, conociendo al vuelo el apuro en que yo estaba, no viniera en nuestro auxilio, cuando ya la gente de la vecindad nos rodeaba, nos observaba, señalándonos como á tres entes extrañísimos en aquel sitio.

—Vengan usías por aquí—dijo el vejete, llevándonos al fondo del patio.—Pues no se puede salir, entren en mi cuarto y aguarden á que pase esta batahola.

Mucho trabajo costó llevar á Presentacioncita al oscuro albergue del señor portero, mas á fuerza de ruegos y prometiéndole yo que al dia siguiente haria poner al preso en libertad, se aplaco un tanto. El portero, luego que nos puso en seguridad dentro de su aposento, nos dijo:

—Aquí no les molestará nadie. Cerraré la puerta. Cuando la policia se lleve al barbilindo y se despeje el patio y se tranquilice la vecindad, saldrán Vds. Esto no es un palacio;

pero aquí estarán las señoras como en su casa... Pueden sentarse... hay silla y media... Mi cama es blanda y sobre este trombon (porque yo soy músico)... sobre este trombon, digo, puede sentarse una de las madamas.

—Gracias, gracias.

El miserable hablaba con diabólica truhanería. Despues de ponderar las comodidades de su alojamiento, salió, y cerrando por fuera la puerta, nos dejó dentro de aquel sepulcro.

## XV

Situacion era aquella más crítica que la primera. Encerrados allí, estábamos á merced de un tunante, que á juzgar por su facha y lenguaje, no debia de ser modelo de virtudes porteriles. Los tres estábamos con mucha congoja, y ya nos veiamos cercados de ladrones y asesinos, aumentándose nuestro pavor con el cercano rugido del pueblo que llenaba el patio y corredores. Presentacioncita era la ménos afectada de nuestra desdicha, porque tenia alma y corazon y sentidos fijos en los pasos de la policía y en el subir y bajar de la inquieta gente.

Trascurrió bastante tiempo sin que cesase nuestro apuro. Yo me desesperaba, y maldecía el instante en que néciamente consentí en la descabellada expedicion; doña Salomé rezaba para que algun santo del cielo viniese en amparo nuestro, y Presentacioncita gemia sin hallar en nada consuelo. Lo peor de todo era que iba siendo ya muy tarde; habia pasado la hora de la novena del Santo Angel, habian dado las ocho, las nueve, iban á dar las diez... ¡horrible trance! darian tambien las once, las doce sin poder salir de allí.

Por fin, Dios quiso que los alguaciles encontraran al prófugo y lo sacasen fuera y se lo llevasen con dos mil demonios. Iba desocupándose el patio, se extinguian las voces poco á poco, y al fin, ¡San Antonio bendito! el endiablado portero nos sacó de nuestro encierro.

—¡Vámonos á la calle pronto!—exclamó doña Salomé, ardiendo en impaciencia.

—¡A la calle, á la calle! ¿Por dónde se sale, buen hombre?—dije, sosteniendo á Presentacioncita, que por su mucha afliccion apenas podia con su lindo cuerpo.

—Si no quieren Vds. salir por la calle del Bastero, donde hay muchos tunantes y borrachos—repuso el portero,—por este pasillo que

hay á la derecha saldrán á la casa inmediata y á la calle de Mira el Rio.

Yo temblaba de susto: por todas partes, en todos los rincones veia ladrones y asesinos, alzando horrorosos puñales sobre mi pecho. El viejecillo nos llevó del patio grande á otro más pequeño, y de éste á un largo y húmedo zaguán, en cuyo extremo se veia la claridad de la calle. Cuando le dí la propina, me pareció sentir ruido de pasos detrás de nosotros; pero aunque atentamente miré, nada ví.

—Por aquí derechos á la calle,—dijo nuestro amparador, retirándose repentinamente.

Dejónos solos, y á la verdad fué como si nos dejara de su santa mano el ángel de nuestra guarda; porque no habíamos dado cuatro pasos hácia la claridad que al extremo del zaguán se veia, cuando una voz bronca y temerosa, que en su clueco graznido indicaba ser producto del hombre y del aguardiente, resonó como un trueno en aquellos ámbitos oscuros, diciendo:

—¡Alto allá... alto! señoritos zampatortas, ¡alto, alto!...

El reventar de un cráter no me hubiera causado más espanto. Quedéme frio, y sobre frio absorto y petrificado, cual si en estatua de hielo me convirtiese. Y al mismo tiempo se sen-

tian unos pasos, unos saltos como de gigante borracho que venia dando traspiés por la cercana escalera.

Lanzaron agudísimos gritos las damas, colgándose de mis brazos para que yo las amparase; pero más que nadie necesitaba yo amparo y proteccion, porque me quedé sin habla, sin fuerzas para correr, sin ojos para mirar, ni orejas más que para oir la voz, ¿qué digo? las voces de los que se acercaban, pues, quitando lo que multiplicase mi espantada imaginacion<sup>3</sup> bien podia asegurarse que eran media docena.

No se me oculta que mi deber en tan critico momento era tirar de la espada ó sacar las pistolas para esperar á pié firme á los ladrones y acabar con ellos ó morir ántes que mis dos compañeras fueran atropelladas; pero yo no tenia espada, y ni remotamente me acordé de que llevaba una pistola en el cinto. Temblando como alma que llevan los demonios, recordé aquello de que una retirada á tiempo es una gran victoria, y apreté á correr hácia la calle. Las dos damas eran dos alas que me impulsaban con rapidez suma. ¡Ah! cómo corrimos, cómo corrimos gritando, «¡favor, socorro, ladrones!»

Tras nosotros corria alguien. No le mirabamos. Sentimos carcajadas, blasfemias, un ju-



ramento horrible, qué se yó... Corríamos siempre; las dos damas se separaron de mí y se quedaron detrás. ¡Ay! yo era el viento mismo.

Vi dos hombres que andaban en dirección contraria á la mia y su presencia me dió aliento... ¡dos hombres que no eran, ó al ménos no parecían ladrones ni asesinos!—¡Socorro, favor!—repetí con ahogado aliento.

Detuviéronse ellos. Me pareció ver una cara conocida; pero en mi azoramiento no llegué á formar juicio alguno... Detúveme yo también. En el mismo momento sentí un ¡ay! agudísimo. Era Presentacioncita que habia caído al suelo. Doña Salomé se habia parado en el mismo sitio.—Retrocedí, porque la presencia de los dos desconocidos me infundió algun valor y porque miran lo hácia atrás observé que nuestros perseguidores se habian quedado muy lejos.

Uno de los dos desconocidos se adelantó corriendo á levantar del suelo á Presentacioncita, mientras el otro soltó la risa diciendo:

—Si es Pipaon.

—¡Ah! ¡Es Vd. señor duque? Hemos sido atacados por unos tunantes... Vamos á ver si se ha hecho daño esa niña.

El hombre que estaba junto á mí era el duque de Alagon; el otro...

## XVI

Detente pluma... El otro alzaba del suelo á la pobre Presentacioncita, que al perder el equilibrio, y dar con su cuerpo en tierra, perdió tambien el conocimiento. Nos acercamos y el duque me miró con fijeza y malicia poniendo sobre los lábios su dedo índice.

—¡Jesús... se ha desmayado!—balbució doña Salomé, examinando á su amiga que aún estaba en brazos del otro.

—Esto no será nada, señora...—exclamó el desconocido.—Señorita...

—El susto ha sido tan grande...—dije yo—y gracias á que no se atrevieron á seguirnos. ¡Pobres señoras, si hubieran venido solas!

—¿A dónde llevamos esto?—preguntó el compañero del duque, dando algunos pasos con la desmayada en brazos, tan sin trabajo cual si fuese una pluma.

Pareció perplejo el duque, y como no acertara á indicar una resolucion conveniente, el compañero dijo:

—Vamos allá. Adelántate y llama.

Hízolo así Alagon, y no habíamos andado

veinte pasos siguiendo todos al generoso caballero, cuando se abrió una puerta, y Alagon primero, despues su compañero con la niña en brazos y detrás doña Salomé y yo, penetramos en una hermosa pieza iluminada por dos luces. Un hombre y una mujer encontrábanse allí, ambos en pié y tan respetuosos que por lo callados y circunspectos parecian estátuas. Veíase en el fondo una puerta entreabierta, por la cual apareció el rostro de una mujer de tan acabada hermosura que á pesar de lo apurado del lance, no pude ménos de fijar en ella los ojos. De la pared pendía una guitarra.

El compañero del duque depositó su preciosa carga en una silla. Callaban todos: el desconocido pidió un vaso de agua, mientras doña Salomé, observando que la muchacha empezaba á dar señales de vida, hacia esfuerzos por reanimarla, diciéndole:

—Presentacion, vuelve en tí. Eso no es nada... ¿A ver? ¿Te has hecho daño?...

—Vamos, beba Vd. un poco de agua,—dijo el desconocido, acercando el vaso á los lábios de la jóven, que recobraban poco á poco su vivo carmin, así como las descoloridas mejillas.

Quando la muchacha bebia, observé al generoso galan, que solícitamente sostenia con su mano izquierda la cabeza de la jóven, mien-

tras le daba de beber con la otra. Era un hombre admirablemente formado, de cuerpo estatuario y arrogante. Su edad no pasaria de los treinta y dos años, hallándose, segun la apariencia, en aquella plenitud de la fuerza, del vigor y del desarrollo físico que marcan el apogeo de la vida. Vestia sencilla pero elegantemente traje negro por entero y ancha capa, que habiéndosele caído en los primeros momentos del lance, fué recogida por el duque. Sus ojos eran negros, grandes y hermosos, llenos de fuego, de no sé qué intencion terrible, flechadores y relampagueantes. Bajo sus cejas, semejantes á pequeñas alas de cuervo, centelleaba deshecho en ascuas mil por las movibles pupilas, el fuego de todas las pasiones violentas. Su nariz era desenfrenadamente grande, corva y caída, una especie de voluptuosidad, una crápula de nariz. La carne superabundante habia crecido, representando con fértil desarrollo su preponderancia en aquella naturaleza. El lábio inferior que avanzaba hácia fuera, parecia indicar no sé qué insaciabilidad mortificadora. La personificacion de la sed habria tenido una boca así. Una línea más de desarrollo y aquel bello hubiera tocado en la caricatura. Observándole bien, se veia en la tal fisonomía, peregrina mezcla de majestad y de

innobleza, de hermosura y de ridiculez. Tenia de todo, y era difícil deslindar en aquel rostro híbrido las líneas pertenecientes á las grandes razas de las que pertenecian á la degeneracion propia de todo lo humano. Por su mandíbula inferior se filiaba remotamente con Cárlos V, mas por sus ojos truhanescos y las patillas cortas, se iba derecho á la majería. El cráneo era artísticamente conformado, el pelo negro y corto, con mechoncillos vagabundos sobre la frente y sienes. En suma, su perfil era de los que aún suelen verse en las onzas de oro.

Presentacioncita, abriendo los ojos, demostró tal asombro al verse en aquel desconocido sitio y ante personas extrañas, que creimos se iba á desmayar de nuevo.

—Ánimo—le dijo el belfo,—ánimo, señora mia, eso no es nada.

—¡Ah!... ¿quién es Vd.? Gracias, caballero... ¿En dónde estoy?—balbució la muchacha.— ¡Ah! doña Salomé... Sr. de Pipaon... Están aquí..., creí que me habian abandonado.

—Aquí estamos, sí, niña querida...

—Pero al instante nos vamos á marchar—afirmó con febril impaciencia la de Porreño.— Presentacion, prueba á levantarte.

—Señora doña Presentacioncita—dijo el belfo sonriendo,—no hay prisa. Descanse Vd. un poco.

—Vámonos, vámonos—añadió doña Salomé.—Hija, prueba á levantarte. ¿Puedes andar?

Presentacion dió algunos pasos: cojeaba un poco, á causa de una leve torcedura en el pié derecho al caer; pero andaba. Volvióse para dar las gracias al incógnito caballero; yo tambien quise decirle algo por pura fórmula, pero nos miramos unos á otros con sorpresa. El caballero volviéndonos la espalda, desapareció por la puerta que habia en el fondo.

—Gracias, muchas gracias, señores—dijo Presentacion, dirigiéndose al duque.

—Por aquí—indicó éste, que sin duda deseaba que nos marcháramos.—Yo acompañaré á Vds. hasta la calle de Toledo.

—Por aquí... á la calle... gracias, mil gracias señor duque.

El duque, mientras las dos mujeres salian, se me puso delante y abriendo mucho los ojos, aplicó de nuevo el índice á los lábios.

Salimos y los minutos nos parecian siglos, porque Presentacioncita andaba muy despacio. Era ya tarde, por cuya razon á las contrariedades expuestas se unia la pavorosa contrariedad del sermon que nos esperaba, cuando nuestras pecadoras frentes se pusieran al alcance de los ojos de la señora condesa y nuestros oidos al blanco de la grave voz de doña María



de la Paz. Al pensar en esto, los tres no teníamos más que un deseo: que la tierra se abriese haciéndonos el favor de tragarnos.

Pero la Providencia que nunca abandona á los débiles, nos sugirió ingeniosísimas trazas para salir del paso, y fué que discurrimos sacar del propio mal el remedio, achacando la tardanza á la misma torcedura del pié de Presentacioncita, cuya invencion, llevada á feliz término por mi elocuencia ante las dos irritadas matronas, tuvo el éxito más completo que puede imaginarse.

—Esclaro... ¡cómo habíamos de venir á tiempo!... Bajamos la escalera... Presentacioncita dió un paso en falso. Subimos otra vez... La marquesa no queria dejarla salir... Se buscó un simon; el simon no parecia... Se sacó la litera de mano; estaba rota... Discurre por aquí, discurre por allá... Yo estaba en áscuas y quise venir á avisar para que no se asustaran Vds... En fin, demos gracias á Dios de que no se rompiera un pié.

—¿No puedes andar?—dijo la condesa á su hija con desabrimiento.—Esta sí que es fiesta. Estamos convidadas para la funcion de mañana en la Trinidad.

—Con Manifiesto y asistencia de Su Majestad—repitió doña María de la Paz.—Y es pre-

ciso ir sin remedio. Yo al ménos no puedo faltar, porque el prior nos ha prometido que podremos hablar á Su Majestad y entregarle nuestros memoriales.

—Mañana—repetí.—Tambien yo he recibido invitacion de los padres. ¿Con que van ustedes á la Trinidad?

—¿Puedes andar, Presentacion? ¿Puedes andar, sí ó nó?—preguntó con afan indescriptible doña Paulita.

La niña se levantó resueltamente y dió algunos pasos por la habitacion con pié seguro.

## XVII

¿Cómo habia yo de faltar á la funcion de los Trinitarios, si era hombre que á ninguno cedia en religiosidad ni perdonaba medio de que se me tuviese por escrupuloso guardador de los preceptos y prácticas de la Iglesia? Además, poco ántes habia sido nombrado prioste de la archicofradía de *Luz y Vela*, y como tal me correspondia asistir á la funcion y acudir al pórtico de la iglesia, donde habiamos puesto el mostradorcito con varios objetos devotos y otros profanos, que al son de trompeta y tamboril se

vendian ó rifaban para atender á los gastos de la corporacion.

Desde muy temprano estaba yo con mi cinta al cuello, espetado en el pórtico, en compañía de mis colegas el señor licenciado Moñino, de la suprema Inquisicion, D. Felipe Rojo, racionero medio de Toledo y el sub-colector de espolios, D. Vicente Barbajosa. El gentio era inmenso, y se agolpaba en las distintas puertas del edificio, estorbando el paso de los fieles, lo que perjudicaba mucho la venta.

En el átrio del convento estaba el zaguante de la Guardia de la Real persona. No tardó en aparecer Su Majestad, desplegando en su persona y comitiva tanta pompa y aparato, que se sentia un orgulloso de ser español y llamarse vasallo de quien por tal modo y con tal grandeza representaba en la tierra la autoridad emanada de Dios. Daba gusto ver aquella fila de coches, tirados por sendos pares de caballos á tres pares cada uno. Cada individuo de la familia real iba en el suyo, resultando una procesion que cogia medio Madrid, con la multitud de batidores, correos, lacayos, escoltas, carruajes de respeto, palafreneros, caballerizos y demás figuras admirables que recreaban la vista y el alma. ¡Qué profusion de uniformes, cuanto plumacho y galon, qué diferentes clases

de sombreros, de uniformes, de caras, de arreos! Parecia que le trasportaban á uno al Oriente, ó á las pomposas fiestas de la India. ¡Feliz nacion la nuestra, que tal magnificencia podia ofrecer á los aburridos ojos de los súbditos, para que se alegraran y diesen gracias á la Divina Providencia por haber hecho de nuestros reyes los más rumbosos y magníficos de la tierra! Allí se veia la grandeza de nuestra nacion, allí sus inmensos tesoros, allí su dignidad excelsa, allí la representacion más admirable de su gran poderío. ¡Viva España!

Formaron los guardias (á quien entónces llamaba el vulgo los *chocolateros*, no sé por qué), y el estrépito de tambores y clarines llenaba los aires. Tales sones y el limpio sol que inundara aquel dia las calles, daban á la régia comitiva esplendor y armonía celestes. Los gritos de ¡viva el Rey absoluto! resonaban por doquiera. ¡Oh, feliz consorcio de la monarquía absoluta y la religion santísima! ¡Quiera el Cielo que existas luengos siglos y que estas dos instituciones, hijas de Dios, vayan siempre de la mano y partiendo un piñon, para que los fieles cristianos y súbditos del encantador Fernando vivamos pacíficamente en la tierra, libres de revoluciones impías y de locas mudanzas!

Salió la comunidad con palio á recibir al